

El día que siguió al de esta conversacion salimos para Atenas, y algunos meses despues fuimos á las fiestas de Delos.



CAPITULO LXXVI.

DELOS Y LAS CICLADES.

En el dichoso clima que yo habito, es la primavera como la aurora de un hermoso día, aquí se goza de los bienes que trae consigo, y de los que promete. No oscurecen los vapores la claridad del sol, ni todavía irrita sus rayos el ardiente aspecto de la canícula. Su luz es pura é inalterable, la cual descansa dulcemente sobre todos los objetos: es la luz con que se coronan los dioses en el Olimpo.

Quando se descubre por el horizonte, agitan

los árboles sus hojas nacientes, resuenan las márgenes del Iliso con el cántico de los pájaros, y los ecos del monte Himeto con el son de los rústicos caramillos. Cuando está próxima á ocultarse, se cubre el cielo con velos centelleantes, y las ninfas de la Atica van con paso tímido á ensayar en el prado sus danzas ligeras; pero luego se acelera á despuntar, y entonces no se echa menos, ni la frescura de la noche que se acaba de perder, ni la luz del día que la había precedido: parece que nace un nuevo sol en un nuevo universo, y que trae del oriente colores desconocidos á los mortales. Cada momento añade un nuevo rasgo á las bellezas de la naturaleza; á cada instante se va acercando á su perfeccion la obra grande y admirable del desarrollo de los seres.

¡O dias serenos, noches deliciosas, qué comocion excitaba en mi alma aquella sucesion de perspectivas que presentabais á todos mis sentidos! ¡O dios de los placeres, ó primavera! este año os he visto en toda vuestra gloria correr victoriosos por los campos de la Grecia, y dejar caer de vuestra cabeza las flores que debian engalanarlos; os presentabais en los valles, y se mudaban en prados alegres; os dejabais ver en los verdes montes, y el serpol y el tomillo exhalaban mil olores; os levantabais por los aires, y derramabais en ellos la serenidad de vuestras

miradas. Apresurados los amores corrian á vuestra voz lanzando por todas partes dardos ardientes, y la tierra se encendia con ellos. Todo renacia para engalanarse, todo se engalanaba para agradar. Tal apareció el mundo al salir del caos, en aquellos dichosos momentos en que deslumbrado el hombre por la mansion que habitaba, sorprendido y satisfecho de su existencia, parecia no tener espiritu mas que para conocer la felicidad, ni corazon mas que para poseerla, ni alma sino para sentirla.

Esta estación encantadora traia fiestas mas encantadoras todavía, las que se celebran de cuatro en cuatro años en Delos para honrar el nacimiento de Diana y de Apolo*. Hace una larga serie de siglos que se da culto en la isla á estas divinidades. Pero como empezase á decaer, instituyeron los Atenienses durante la guerra del Peloponeso, ciertos juegos que atraen mil pueblos diversos. La juventud de Atenas se abrasaba en deseo de sobresalir en ellos: toda la ciudad estaba en movimiento. Se preparaba tambien la diputacion solemne que va todos los

* El 6 del mes ático targelion se celebraba el nacimiento de Diana, y el 7 el de Apolo: en el año 5º de la olimpiada 409, empezaba el mes targelion el 2 de mayo del año 541 antes de J. C.; por lo que el 6 y 7 de targelion coincidieron con el 8 y 9 de mayo.

años á ofrecer al templo de Delos un tributo de reconocimiento por la victoria de Teseo sobre el Minotauro, la que va en el mismo barco en que fué este heroe á Creta; y el sacerdote de Apolo habia coronado ya la popa con sus manos sagradas. Bajé á Pireo con Filotas y Lisis; y vimos el mar cubierto de barcos ligeros que se hacian á la vela para Delos. No tuvimos libertad para elegir; porque sentimos que nos arrebatában los marineros, cuya alegría tumultuosa y viva se confundia con la de un pueblo inmenso que corria á la playa. Inmediatamente aparejaron; salimos del puerto, y abordamos por la tarde á la isla de Ceos.

El dia siguiente costeamos á Siros; y dejando á la izquierda á Tenos, entramos en el canal que separa á Delos de la isla de Renea, desde donde vimos el templo de Apolo, y le saludamos con nuevos raptos de alegría. La ciudad de Delos se ofrecia á nuestros ojos casi toda entera, y mirábamos con ansia aquellos edificios soberbios, aquellos pórticos elegantes, aquellos bosques de columnas que la adornan: de manera que este espectáculo, que se variaba á medida que nos acercábamos, suspendia nuestro deseo de llegar.

Llegados al muelle, volamos al templo, que solo dista como cien pasos. Hace mas de mil años que Erisicton, hijo de Cérope, puso los

primeros cimientos, y que los diversos Estados de la Grecia no cesan de adornarle: estaba cubierto de festones y guirnaldas, que por el contraste de sus colores daban un nuevo lustre al marmol de Paros de que está construido. Vimos en lo interior la estatua de Apolo, menos célebre por la delicadeza del trabajo, que por su antigüedad. El dios tiene el arco en una mano; y para dar á entender que la música le debe su origen y gracias, sostiene con la izquierda las tres Gracias, representadas, la primera con una lira, la segunda con flautas, y la tercera con un caramillo.

Cerca de la estatua está el altar, que es tenido por una de las maravillas del mundo. No es el oro, ni el marmol lo que allí se admira; las astas de animales dobladas á fuerza, entrelazadas con arte y sin argamasa, forman un todo tan sólido como regular. Algunos sacerdotes, ocupados en adornarle con flores y ramos, nos hacian notar el ingenioso tejido de sus partes. El mismo dios fué, dijo un ministro joven, el que en su infancia cuidó de unir las entre sí. Estas astas terribles que veis colgadas de esta pared, y las que forman el altar, son despojos de las cabras monteses que pastaban en el monte Cinto, y mató Diana. Cuanto ven aquí los ojos es prodigioso. Esta palma que deja caer sus ramas sobre nuestras cabezas, es aquel arbol sagrado que sirvió

de apoyo á Latona, cuando dió á luz las divinidades que adoramos. La figura de este altar se ha hecho célebre por un problema de geometria, cuya exacta solucion acaso no se dará jamas. En tiempo que la peste assolaba esta isla, y la guerra despedazaba la Grecia, consultaron al oráculo nuestros padres, y respondió, que cesarian estas plagas, si hacian este altar una vez mas grande que lo que era. Creyeron que bastaba aumentarle el doble en todos sentidos; pero vieron con asombro que construian una masa enorme, que era ocho veces mayor que la que estais viendo. Despues de otros ensayos, todos infructuosos, consultaron á Platon que volvia de Egipto, quien dijo á los diputados que el dios se burlaba con este oráculo de la ignorancia de los Griegos, y los exhortaba á dedicarse á las ciencias exactas, mas bien que ocuparse en sus divisiones eternas. Al mismo tiempo les propuso un medio sencillo y mecánico de resolver el problema, pero ya habia cesado la peste cuando llegó su respuesta. Eso es probablemente lo que habria previsto el oráculo, me dijo Filotas.

Estas palabras, aunque dichas en voz baja, fijaron la atencion de un ciudadano de Delos, el que se acercó, y mostrándonos un altar menos adornado que el primero, nos dijo: este no se ha regado nunca con la sangre de víctimas; ni

jamás se ve brillar en él la llama devoradora: aqui es adonde venia Pitágoras, á imitacion del pueblo, á ofrecer tortas, cebada y trigo; y sin duda que gustaban al dios mucho mas los homenajes de este hombre ilustrado, que esos arroyos de sangre que inundan continuamente nuestros altares.

Despues nos hacia observar todos los pormenores de lo interior del templo. Nosotros le oiamos con respeto, admirábamos la sabiduria de sus discursos, la dulzura de sus miradas, y el tierno interes que tomaba por nosotros. ¿Pero cuál fué nuestra sorpresa cuando por las noticias mutuas conocimos que era Filocles? Era este uno de los principales habitantes de Delos por sus riquezas y dignidades; era el padre de Ismena, cuya hermosura servia de asunto en las conversaciones de todas las mugeres de la Grecia: era el que prevenido por cartas de Atenas, debia ejercer con nosotros los deberes de la hospitalidad. Despues de abrazarnos muchas veces: daos prisa, nos dijo; venid á saludar á mis dioses domésticos: venid á ver á Ismena, y sereis testigos de su himeneo; venid á ver á Leucipa su dichosa madre, y participareis de su alegría: no os recibirán como extrangeros, sino como unos amigos que tenian sobre la tierra; y que el cielo les tenia destinados tiempo hace. Sí, yo os lo juro, añadió, apretándonos las manos, todos los que

aman la virtud, tienen derechos á la amistad de Filocles y de su familia.

Salimos del templo, sin que apenas nos permitiese su celo impaciente echar una mirada sobre aquel monton de estatuas y altares de que está rodeado. En medio de estos monumentos se levanta una figura de Apolo, cuya altura es de cerca de veinte y cuatro pies; flotan sobre sus espaldas largas trenzas de pelo, y su manto que se terciaba sobre el brazo izquierdo, parece obedecer al soplo del céfiro. La figura y el plinto en que descansa, son de un solo pedazo de marmol, que los habitantes de Naxos consagraron á aquel lugar. Nicias, general de los Atenienses, hizo levantar cerca del coloso, una palma de bronce, cuyo trabajo es tan precioso como el material. Mas allá leimos en muchas estatuas esta inscripcion fastuosa: *la isla de Quio es famosa por sus excelentes vinos; en lo sucesivo lo será por las obras de Búpalo y de Anter-mo.* Estos dos artistas vivian dos siglos hace. Han sido seguidos y hechos olvidar por los Fidias y los Praxiteles; y asi es que queriendo eternizar su gloria, han eternizado su vanidad.

La ciudad de Delos no tiene ni torres ni murallas, ni mas defensa que la presencia de Apolo. Las casas son de ladrillo, ó de una especie de granito bastante comun en la isla. La de Filocles

estaba á la orilla de un lago cubierto de cisnes, y casi cercado de palmeras.

Noticiosa Leucipa de la venida de su esposo, salió á recibirle, y nosotros creimos que era Ismena; pero luego se presentó esta, y creimos que era la madre de los amores. Filocles nos exhortaba mutuamente á alejar todo encogimiento, y desde este instante experimentamos á un tiempo todas las sorpresas de un trato nuevo, y todas las dulzuras de una amistad antigua.

Brillaba la opulencia en la casa de Filocles; pero una prudencia ilustrada habia arreglado tan bien el uso, que parecia haberlo concedido todo á la necesidad, y negádolo todo al capricho. Los esclavos, felices en su estado, se anticipaban á nuestros deseos. Unos derramaban sobre nuestras manos y pies agua mas pura que el cristal, y otros llenaban de frutas una mesa puesta en el jardin, en medio de un sotillo de mirtos. Principiamos haciendo libaciones á los dioses que presiden á la hospitalidad. Nos hicieron muchas preguntas sobre nuestros viages; y Filocles se enterneció mas de una vez con la memoria de los amigos que habia dejado en el continente de la Grecia. Despues de algunos instantes de una conversacion deliciosa, salimos con él á ver los preparativos de las fiestas.

Debían estas empezarse el día siguiente *; pues este era el día en que se celebraba en Delos el nacimiento de Diana. Llenábase la isla poco á poco de extrangeros, á quienes traía la piedad, el interes y la diversion. Ya no hallaban casas donde meterse, y se formaban tiendas en las plazas públicas y en el campo: volvíanse á ver despues de mucho tiempo, y se precipitaban unos en los brazos de otros. Estas afectuosas escenas dirigian nuestros pasos á diversas partes de la isla; y no menos atentos á los objetos que se nos presentaban, que á los discursos de Filocles, nos instruíamos en la naturaleza y calidades de un pais tan famoso en la Grecia.

La isla de Delos no tiene mas que siete ú ocho mil pasos de circuito, y su anchura es la tercera parte de su longitud. El monte Cinto, que va del norte al mediodia, termina una llanura que se dilata hácia el occidente hasta la orilla del mar, y en esta llanura está situada la ciudad. Lo restante de la isla no ofrece mas que un terreno desigual y esteril, excepto algunos valles amenos, formados por diversas colinas, que están en su parte meridional. La fuente del Inopo es la única con que la ha favorecido la naturaleza; pero en varios parages hay cisternas y lagos para conservar por muchos meses el agua llovediza.

* El 8 de mayo del año 544 antes de J. C.

Delos fué gobernada al principio por reyes, que reunian en sí el sacerdocio y el imperio. Mas adelante cayó en poder de los Atenienses, que la purificaron durante la guerra del Peloponeso. Los sepulcros de sus antiguos habitantes fueron trasladados á la isla de Renea: allí es donde sus sucesores vieron por la primera vez la luz del día, y allí la verán por la última. Pero si están privados de la ventaja de nacer y morir en su patria, á lo menos gozan en vida de una tranquilidad profunda; pues los furores de los bárbaros, los odios de las naciones, las enemidades particulares desaparecen á vista de esta tierra santa: jamas los caballos de Marte la huellan con sus uñas sanguinolentas: se des- tierra de allí severamente cuanto presenta la imagen de la guerra; no se permite ni aun el animal mas fiel al hombre, porque destruiria los animales mas débiles y tímidos*. En fin, la paz ha elegido á Delos por morada, y la casa de Filocles por palacio.

Estando cerca de ella vimos venir un mancebo, cuyo andar, estatura y fisionomía, eran mas que humanos. Este es Teágenes, nos dijo Filocles, este es el escogido por mi hija para esposo; y Leucipa acaba de señalar el día

* No se permitia en Delos tener perros, por que no destruyesen las liebres y conejos.

de su boda. ¡O padre mio, respondió Teágenes arrojándose en sus brazos, á cada instante se aumenta mi gratitud! Sírvanse estos generosos extrangeros participar de ella conmigo: estos son mis amigos, pues lo son vuestros; y conozco que el exceso de una alegría necesita de apoyo, como el de un pesar. Vosotros disimulareis este alborozo si habeis amado, añadió dirigiéndose á nosotros, y si no habeis amado me le disimulareis en viendo á Ismena. El interes que tomamos por él, parecia que calmaba el desorden de sus sentidos, y aliviaba el peso de su felicidad.

Recibieron Leucipa é Ismena á Filocles, como Andrómaca recibia á Hector siempre que volvía á entrar en los muros de Troya. Sirvióse la comida en una galería, adornada con estatuas y pinturas; y nuestros corazones abiertos á la mas pura alegría, gustaron de los placeres de la confianza y de la libertad.

Entre tanto ponía Filocles una lira en las manos de Ismena, y la exhortaba á cantar uno de los himnos destinados á celebrar el nacimiento de Diana y de Apolo. Expresa, le decía, con tus cánticos, lo que las doncellas de Delos representarán mañana en el templo con la ligereza de sus pasos. Anacarsis y Filotas reconocerán mejor el origen de nuestras fiestas, y la naturaleza del espectáculo que ofrecemos á su vista.

Tomó Ismena la lira, y sacó como por distraccion algunos sonos tiernos y patéticos, que no se ocultaron á Teágenes; y preludiando con rapidez sobre el modo dórico, pintó con rasgos de fuego la ira implacable de Juno contra una rival odiosa. « En vano quiere Latona huir de su venganza: y pues ha tenido la desgracia de agrar á Júpiter, es preciso que el fruto de sus amores sea el instrumento de su tormento, y perezca con ella. Aparece Juno en los cielos; Marte sobre el monte Hemo de Tracia; Iris sobre una montaña inmediata al mar; espantán con su presencia los aires, la tierra y las islas. Trémula, fuera de sí, y atormentada con los dolores del parto, llega Latona al cabo de muchos viages á Tesalia, á las márgenes del río que la baña. ¡O Peneo, exclama, detente un momento, y recibe en tus aguas mas apacibles los hijos de Júpiter, que llevo en mi seno! ¡O ninfas de Tesalia, hijas del dios, cuyo auxilio imploro! unios á mí para inclinarme en mi favor. Pero él no me oye, y mis súplicas solo sirven para que precipite su paso. ¡O Pelion! ¡Montañas horribles! ¿Con que vosotras sois mi único amparo? ¡Ay! ¿Me negareis en vuestras sombrías cavernas el asilo que concedeis á la parturiente leona? A estas palabras el Peneo enternecido suspende el movimiento de sus aguas presurosas.

« Lo ve Marte, tiembla de ira; y próximo ya á
 « sepultar el rio bajo los humeantes escombros
 « del monte Pangeo, da un grito en los aires, y
 « hiere con su lanza en el escudo. Este ruido,
 « semejante al de un ejército, agita los campos
 « de Tesalia, hace estremecer al monte Osa, y
 « va á resonar, bramando en las profundas ca-
 « vernas del Pindo. No habria ya Peneo, si La-
 « tona no hubiera abandonado aquellos parages
 « á que su presencia atraia la ira de los dioses.
 « Viénese á nuestras islas á mendigar el auxi-
 « lio que le niegan; porque las amenazas de Iris
 « las atemorizan. »

« Sola Delos, es ménos sensible al temor que
 « á la compasion. Delos no era entonces mas que
 « una roca esteril y desierta, movida por los vien-
 « tos y las olas á todos lados, que le acababan de
 « arrojar en medio de las Ciclades, cuando oyó
 « los lamentos de Latona. Párase al punto, y le
 « ofrece un asilo en las silvestres márgenes del
 « Inopo. Penetrada de gratitud la diosa, se re-
 « cuesta al pie de un arbol, que le da su som-
 « bra, y que en pago del beneficio gozará de una
 « eterna primavera. Aquí fué donde rendida y
 « atormentada de los mas crueles dolores, abrió
 « los casi moribundos ojos, y sus miradas, en
 « que brillaba la alegría en medio de las expre-
 « siones del dolor, encontraron en fin aquellas
 « prendas preciosas de tanto amor, aquellos hi-

« jos, cuyo nacimiento le habia costado tantas
 « lágrimas. Las ninfas del Inopo, testigos de su
 « júbilo, lo anuncian al universo con cánticos
 « sagrados, y Delos no es ya el juguete de las
 « inconstantes olas; sino que descansa sobre
 « columnas, que se levantan del fondo del mar,
 « y ellas mismas se apoyan sobre los fundamen-
 « tos del mundo. Derrámase su gloria por todas
 « partes; de todas vienen las naciones á sus
 « fiestas á implorar al Dios, que le debe el na-
 « cimiento, y la hace feliz con su presencia. »

« Acompañó Ismena estas últimas palabras con
 una mirada á Teágenes, y nosotros empezamos
 á respirar con libertad; pero nuestras almas es-
 taban todavía agitadas con las conmociones del
 terror y de la compasion. Nunca la lira de Orfeo,
 ni las voces de las Sirenas dieron sonidos tan
 patéticos. Mientras cantaba Ismena, yo la inter-
 rumpia continuamente, y lo mismo Filotas, con
 voces involuntarias de admiracion. Filocles y
 Leucipa le prodigaban señales de ternura, que
 la lisonjeaban mas que nuestros elogios; Teá-
 genes escuchaba, y callaba. »

« Llegó en fin el dia que se esperaba con tanta
 impaciencia. Trazaba la aurora débilmente en el
 horizonte el camino del sol, cuando llegamos
 al pie del Cinto. Este monte, que solo tiene una
 mediana altura, es un trozo de granito, en que
 brillan diversos colores, y principalmente par-

tecitas de talco, negruzcas y relucientes. Desde lo alto de la colina se descubre una multitud extraordinaria de islas de todas magnitudes, sembradas en medio de las aguas, con aquel bello desorden que lo están las estrellas en el cielo. La vista las recorre con ansia, y las busca despues de haberlas perdido. Ya se extravía con placer en las revueltas de los canales, que las separan unas de otras; ya mide lentamente los lagos, y las llanuras líquidas que abrazan. No es este uno de aquellos mares sin límites, donde la imaginación queda tan sorprendida como agobiada con la grandeza del espectáculo; donde el alma inquieta, buscando por todas partes donde descansar, no halla mas que una vasta soledad que la entristece, y una extensión inmensa que la confunde. Aquí el seno de las ondas se ha hecho mansión de los mortales; esta es una ciudad esparcida en la superficie del mar; es la pintura de Egipto cuando el Nilo se derrama por sus campos, y parece sostener sobre sus aguas las colinas, que sirven de retiro á los habitantes.

La mayor parte de estas islas, nos dijo Filocles, se llaman Cíclades*, porque forman como un cerco al rededor de Delos. Sesostris, rey de Egipto, sujetó muchas á su imperio. Minos, rey de Creta, gobernó algunas con sus leyes: los Fe-

* Cíclo, en griego significa círculo.

nicios, los Carios, los Persas, los Griegos, todas las naciones que han tenido el imperio del mar, las han conquistado ó poblado sucesivamente: pero las colonias de estos últimos han hecho desaparecer los vestigios de las colonias primeras, y poderosos intereses han unido para siempre la suerte de las Cíclades á la de la Grecia.

En su origen unas se habian elegido reyes; otras las habian recibido de mano de sus vencedores; pero el amor de la libertad, natural á los Griegos, mas natural todavía á los isleños, destruyó el yugo en que gemian. Todos estos pueblos se hicieron pequeñas repúblicas, las mas de ellas independientes; zelosas unas de otras, y deseosas de mantenerse en equilibrio con alianzas ó protecciones mendigadas en el continente. Gozaban de aquella calma dichosa, que no pueden esperar las naciones sino de su oscuridad, cuando el Asia hizo un esfuerzo contra la Europa, y los Persas cubrieron el mar con sus naves. Las islas consternadas, se debilitaron dividiéndose. Unas tuvieron la flaqueza de juntarse al enemigo; otras el valor de resistirle. Despues de su derrota, formaron los Ateníenses el proyecto de conquistarlas todas, acriminándoles casi lo mismo el haberlos socorrido y el haberlos abandonado, y así las sujetaron sucesivamente bajo pretextos mas ó menos plausibles.

Atenas les dió sus leyes: Atenas exigió tribu-

tos proporcionados á sus posibles. A la sombra de su poder, ven florecer en su seno el comercio, la agricultura, las artes, y serian dichasas si pudiesen olvidarse de que fueron libres.

No son todas igualmente fértiles: algunas apenas pueden surtir á sus habitantes. Tal es Micone, que es aquella que se divisa al oriente de Delos, de la que no dista mas que veinte y cuatro estadios*. Allí no hay aquellos arroyos que caen de lo alto de las montañas, y fertilizan las llanuras. Abandonada la tierra á los fuegos abrasadores del sol, suspira incesantemente por el socorro del cielo; y solo á fuerza del trabajo se consigue que broten de su seno el trigo y otros granos necesarios para la subsistencia del labrador. Parece que reúne toda su virtud en favor de las viñas é higüeras, cuyos frutos son afamados. Abundan en ella las perdices, codornices y muchas aves trashumantes. Pero estas ventajas, comunes á esta isla y á las inmediatas, son muy debil recurso para los habitantes, quienes además de la esterilidad del pais, tienen que sufrir el rigor del clima. Desde muy temprano pierden el adorno natural de la cabeza, y parece que aquel cabello flotante que da tanta gracia á la hermosura, no se concede á la juventud de Mi-

* Dos mil doscientas sesenta y ocho toesas: (2,643 brazas de España.)

cone, sino para que pronto sienta su pérdida.

Tachan á los de Micone de avaros y aduladores; pero en verdad que se les censuraria menos, si en una fortuna mas brillante fuesen pródigos y fastuosos; porque la desgracia mayor de la indigencia, es hacer notables los vicios, y que no puedan ser disimulados.

Menor, pero mas fertil que Micone, es Renea, que veis al poniente, y solo dista de nosotros quinientos pasos, la que se distingue por la riqueza de sus colinas y de sus campos. En otro tiempo habia una cadena que atravesaba el canal que las separa, y parecia reunir las: lo cual fué obra de Policrates, tirano de Samos, quien pensó comunicar de este modo á la una la santidad de la otra*. Pero la isla de Renea tiene derechos mas legítimos á nuestro respeto, por encerrar las cenizas de nuestros padres, y porque algun dia encerrará las nuestras. Los sepulcros que estaban antes en Delos, fueron trasladados á aquella eminencia, que está en frente de nosotros, donde se multiplican cada dia con nues-

* Por el mismo tiempo sitió Cresos la ciudad de Efeso. Para lograr los habitantes la proteccion de la diosa, tendieron una cuerda que ataron por una punta á los muros, y por otra al templo, distante siete estadios, ó seiscientos sesenta y una toesas y media :: (774 brazas de España.)